



LOS

SOLTEROS

POR JIMMY SWAGGART

LOS
SOLTEROS
POR JIMMY SWAGGART



Javier García E.
Ju. 23/4/87

Traducción al castellano: A. Carrodegua

Este libro se publicó originalmente en el idioma inglés con el título de SINGLES por Jimmy Swaggart.

© 1985 by Jimmy Swaggart Ministries

Edición en castellano,

© 1986 por el Ministerio de Jimmy Swaggart.

Todos los derechos reservados.

Impreso en los Estados Unidos de América.

LOS SOLTEROS

“Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando” (1 Corintios 7:7-9).

Siempre ha existido un considerable número de adultos solteros en la sociedad. En el presente, este segmento no casado de la población está

umentando grandemente de año en año. Según informes recientes, en estos momentos hay cerca de cincuenta millones de adultos no casados en los Estados Unidos.

Concretamente, los adultos no casados pueden dividirse en tres categorías: los solteros que nunca se han casado, los divorciados y los que han enviudado. Cerca de veinte millones nunca se han casado; unos quince millones son divorciados y otros quince son personas que han enviudado.

A pesar de que es evidente la aprobación de Pablo respecto de la soltería, la sociedad de hoy es muy distinta a la de sus días, y el adulto no casado encuentra con demasiada frecuencia un ambiente que no lo lleva a la serenidad, a la aceptación social o a una sólida adaptación personal. Si hubiera que escoger una palabra para describir al adulto no casado promedio, probablemente esa palabra sería “solitario”.

En los días de Pablo, y hasta hace solamente treinta o cuarenta años, la familia le proporcionaba abrigo y refugio al adulto no casado. Hoy en día, en que es frecuente que los familiares estén esparcidos por toda la nación, a menudo el adulto no casado se encuentra tratando de funcionar solo en una sociedad formada por parejas o por unida-

des mayores compuestas por las parejas y sus hijos (el núcleo familiar).

(El “núcleo familiar” está formado por el padre, la madre y los hijos. La “familia amplia” incluye otros parientes, como los abuelos, las tías, los tíos y los primos.)

No es de sorprenderse el que una situación así deje al adulto no casado con la sensación de que está aislado y alienado del movimiento general de la actividad social. Incapaz de adaptarse a la situación tal como ella es, el adulto no casado podría ser perturbado por neosis y molestias de tipo psicológico.

EL AISLAMIENTO

Sólo desde la Segunda Guerra Mundial nuestra sociedad se ha convertido en “la sociedad móvil”. Antes de ese momento, la mayoría de los miembros de la familia amplia nacían, crecían y pasaban la vida dentro del ambiente familiar de su pueblo. Hoy en día es raro ver una familia en la que los hijos mayores y los padres vivan en la misma zona. La llamada telefónica de larga distancia de vez en cuando ha sustituido ampliamente a la tradicional cena del domingo en que se

solía reunir toda la familia.

Al romperse la integración de la unidad familiar, el adulto no casado no dispone ya del consuelo que proporciona una estrecha relación con los padres, los hijos, los hermanos, los tíos y los primos.

Cuando yo era niño en Ferriday, Luisiana, *todos* mis parientes (padres, abuelos, tías, tíos y primos) vivían lo suficientemente cerca como para “llegar por casa” durante una caminata al atardecer, o un domingo. Hoy en día es raro que los mismos hermanos permanezcan cercanos y es probable que la mitad de la gente no sepa siquiera por dónde andan sus primos carnales. Esta situación complica la soledad básica de la persona no casada.

Antes que se dispersara nuestra población de esta forma, los adultos no casados tenían el refuerzo y el apoyo del contacto frecuente, la conversación íntima y las actividades sociales con quienes los *conocían*, se preocupaban por ellos y estaban genuinamente interesados en su bienestar y adaptación a la vida. Hoy en día estamos tan envueltos en nuestros *propios* problemas, que tenemos poco tiempo que gastar en extender la mano a quienes gimen por el consuelo de un

contacto personal con alguien que realmente se interese en ellos.

Mientras muchos cristianos pasan horas en oración, clamando al Señor para que “les dé un ministerio”, son pocos entre ellos los que no conocen a un adulto no casado. Es posible que no sea evidente al exterior, pero todo aquel que conoce a un adulto no casado *tiene* un ministerio que lo está esperando; sólo hace falta que le extienda la mano con amistad e interés.

“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis. . . De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:35-40).

Si en lugar de decir “forastero” decimos “adulto no casado”, tendremos aquí las indicaciones del Señor para uno de los ministerios más importantes de cuantos se hallan a disposición del cristiano promedio en el mundo de hoy.

LA CRISIS DE IDENTIDAD

Aunque son pocas las personas que se adelan-

tarían a formular una crítica de los adultos no casados, *hay* ciertos prejuicios asociados a su situación. En realidad, algunos de ellos son alimentados por los mismos no casados, mientras que otros parecen surgir sin base alguna como “parte de la situación”.

Con frecuencia se considera a los no casados como “inestables”, “derrotados”, “extraños” o “raros”. A los divorciados se les aplica el estigma del “fracaso”; los viudos son “exigentes” o “desconfiados”. Por supuesto, habrá circunstancias específicas en que aparecerán algunos de estos rasgos, o quizá todos. Sin embargo, como en todas las generalizaciones, asignar una personalidad basándose en la categoría a que pertenece la persona, casi sin excepción demostrará que se trata de una discriminación infundada.

Los adultos no casados tienen ya bastantes problemas sin que se les añada el peso de luchar contra prejuicios infundados. Nuestra adaptación a la vida está formada por innumerables factores que se combinan para formar un todo en el que hallamos seguridad, familiaridad y la sensación de productividad y valor. Este todo de la adaptación consta de factores como el hogar, los amigos, la familia, el trabajo, las actividades sociales, la

vida íntima y las relaciones.

Dentro de la situación matrimonial normal, un “ambiente de adaptación” así aparece casi sin esfuerzo de nuestra parte. En cambio, el adulto no casado, aunque no se le excluye activamente, ciertamente no se le incluye en muchas de las situaciones sociales que conducen de manera natural a un estrecho contacto personal. Por tanto, se ve con frecuencia como un extraño, un observador, más que como alguien que participa en las actividades normales de la vida que transcurre a su alrededor. Esta exclusión no intencional los lleva pronto a la sensación de “¿qué tengo yo de *malo*?” y queda sembrada la semilla para un alejamiento cada vez más profundo de las muchas actividades que forman una vida feliz y realizada.

Después de una serie de rechazos imaginarios (o reales), basados en el hecho de que los adultos no casados no andan en parejas, lo cual no es cómodo en las cenas y las salidas, es muy posible que el adulto no casado comience a encerrarse en su propio mundo para evitar que lo sigan hiriendo en el futuro. No lo pueden herir si se queda en su propio apartamento a ver televisión, así que ¿por qué tratar de “imponerse” a los demás y “echarles a perder la diversión? En poco tiempo, estará

preparado el escenario para el desarrollo de otro prisionero, y los viejos amigos comenzarán a preguntarse por qué Pepe se está “volviendo tan extraño desde que murió Luisa”.

El problema es la autoestimación. Cada uno de nosotros, cualquiera que sea su situación o posición en la vida, siente el hambre y la necesidad de saberse aceptado. No hay nadie en el mundo que llegue a un punto en el que no le guste escuchar una alabanza ocasional, o sentir una palmada en la espalda o que alguien lo elogie por algo bien hecho.

Por otra parte, todos somos sensibles a las faltas de consideración, reales o imaginarias. Si la crítica o el rechazo es resultado de algún acto nuestro concreto, generalmente podemos soportar con la ira o el desdén. En cambio, cuando no tiene razón aparente, tendemos a deprimirnos y a preguntarnos por las *razones* que motivan este rechazo. Con demasiada frecuencia llegamos a la conclusión de que “algo anda mal en nosotros”. Sin el apoyo y el refuerzo del cónyuge, los amigos y la familia, pronto podremos llegar a *convencer-nos* de que hay algo que anda mal en nosotros cuando nos relacionamos con la sociedad.

La verdad de todo esto es que el adulto no

casado puede ser tan adaptado, feliz y realizado como cualquier persona casada, y algunas veces más, pero ciertamente, necesitará una actitud realista hacia su estilo de vida y un esfuerzo consciente por hacer las adaptaciones necesarias. Para la persona casada que acaba de enviudar o de divorciarse, el súbito cambio en su estilo de vida es algo pasmoso y quizá atemorizador.

Nuestro mundo está formado mayormente por parejas. Si vamos a una reunión social, una merienda campestre o un restaurante, ¿qué vemos dondequiera que miramos? ¡Parejas! Pasar súbitamente de la pareja a la soledad es algo que pone a la persona fuera de las formas “aceptadas”.

¿Significa esto que el adulto no casado *deba* apartarse por completo de la sociedad? De ninguna manera, pero sí significa que hay un cambio de situación, y todo cambio de situación necesita automáticamente una adaptación. Mientras más pronto el adulto no casado se familiarice con las reglas del nuevo juego y se adapte a ellas, más pronto podrá forjarse una vida llena y completa, pero *nueva*, dentro de la situación existente.

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. . . Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:11-13).

MODELOS BÍBLICOS

Podremos resolver mejor cualquier situación moderna de la vida real si la vemos en el espejo de la perspectiva bíblica. Tomar personajes e incidentes bíblicos y usarlos como modelos para nuestra propia situación es algo que nos da toda una nueva perspectiva en la cual ver *nuestros* problemas. En la Biblia hay adultos no casados que fueron notables, bien adaptados y exitosos, y en quienes podemos buscar un ejemplo de cómo vivir para Dios en este mundo presente.

ANA

“(María y José) le trajeron [a Jesús] a Jerusalén para presentarle al Señor . . . Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Lucas 2:22,36-38).

Ana la profetisa recibió la distinción de ser la primera persona del mundo que anunció públicamente el nacimiento del Mesías, Jesucristo. Según nos dice Lucas, Ana llevaba ochenta y cuatro años viuda. Había llevado siete años de casada solamente cuando murió su esposo. Desde ese momento se dedicó casi exclusivamente a servir a Dios con ayuno y oración en el templo.

Cuando José y María llevaron a Jesús al templo para dedicarlo, se encontraron con Simeón y Ana. El Espíritu Santo les reveló a estos dos entregados adoradores que Jesús era ciertamente el Mesías. Lucas declara que posteriormente, Ana “hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén”. ¡Qué honor tan maravilloso, y qué gran culminación para una vida que, sin duda, parecía “poco digna de vivirse” después que Ana perdió a su esposo en plena juventud!

JUAN EL BAUTISTA

Juan el Bautista fue dedicado al Señor desde su concepción (Lucas 1:5-80). Toda su vida se dedicó a la justicia y a servir a Dios. Rechazó totalmente al mundo y sus placeres para abrazar una vida ascética que lo prepararía para su gran

oficio: ser la *“voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas”* (Mateo 3:3).

“Y el niño [Juan el Bautista] crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lucas 1:80). *“Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre”* (Marcos 1:6).

Juan no conoció nunca la comodidad y los placeres del hogar, de tener una compañera que lo consolara y apoyara cuando las cosas anduvieran mal. Sin embargo, hizo uno de los papeles más trascendentales de toda la historia, y es probable que no lo habría podido realizar de haber tenido una familia por la cual preocuparse cuando llegó el momento de poner en peligro la vida (Mateo 14:1-12).

“[Jesús] comenzó a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os

digo, y más que profeta. . . Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista” (Lucas 7:24-28).

MARÍA, MARTA Y LÁZARO

Las Escrituras no mencionan nunca que María, Marta o Lázaro fuesen casados; sin embargo fueron tres de las personas más cercanas al Señor.

Uno de los incidentes más aleccionadores de la Biblia se refiere a Marta y María, cuando el Señor los visitó: *“Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”* (Lucas 10:38-42). También conocemos todos lo que sucedió cuando Jesús levantó a Lázaro de entre los

muertos. “*Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. . . Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir*” (Juan 11:1-4,43,44).

Quizá su relación con el Señor habría sido igualmente afectuosa y cercana si hubieran estado casados y dedicados a sus familias. No obstante, sabemos que su relación con Él era ciertamente especial, y que *eran* adultos no casados del siglo primero.

PABLO

Sin duda, el apóstol Pablo fue *uno* de los cristianos más grandes, si no *el mayor* de todos.

Pablo escribió la mayor parte del Nuevo Testamento, y es probable que fuera la figura principal en la organización de la nueva iglesia y en el esfuerzo por llevar la noticia del bendito Redentor a un mundo en espera.

Todo el que conozca la Biblia conoce también la vida de servicio, sacrificio y abnegación que representa Pablo. Cuando enumera sus “recompensas” se parecen muy poco a una lista de “favores” deseados. Con todo, sufrió estas cosas solo, sin familia inmediata a la cual acudir en busca de apoyo y consuelo.

“Pero en lo que otro tenga osadía. . . también yo tengo osadía. . . En trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno [treinta y nueve]. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones; peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desve-

los, en hambre y sed, en muchos ayunos, en fri· y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. . . En Damasco, el gobernador. . . guardaba la ciudad de los damascenos para prenderme; y fui descolgado del muro en un canasto por una ventana, y escapé de sus manos” (2 Corintios 11:21-33).

“Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte; cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración” (2 Corintios 1:8-11).

En otro lugar observa:

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? . . . ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa

de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:31-39).

¿Se habría podido convertir Pablo en el decidido organizador de la Iglesia nueva de haber estado casado y con la responsabilidad de una familia? ¿Quién sabe! No obstante, sí sabemos que no tuvo familia y que sirvió al Señor de una forma única y extraordinaria en el azaroso papel que se le había asignado. Nunca sabremos lo bien o lo pobremente que lo habría servido de hallarse en otra situación.

JESÚS

Naturalmente, ningún comentario acerca de la Iglesia, de Dios y de los adultos no casados estaría completo si no mencionáramos al Salvador mismo. Aunque Jesús tuvo los gritos y la aproba-

ción de muchedumbres de personas algunas veces, nunca conoció el consuelo y el descanso de un hogar propio después que se marchó del hogar de María y José. Fue Él quien dijo: *‘Las sorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza’* (Lucas 9:58).

Por supuesto, es muy fácil quitarle importancia a esta realidad afirmando: “Bueno, pero Él era Dios. Todo el mundo era suyo.”

El problema de esta manera de pensar es que debemos comprender que, aunque era totalmente Dios, también era totalmente *hombre*. Se nos dice que Jesús *“fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”* (Hebreos 4:15). Aunque el verbo griego utilizado, *peiradzo*, está traducido como “ser tentado”, su principal significado es “ser probado”. En otras palabras, este pasaje no significa simplemente que Jesús fue *tentado* (Mateo 4:1-10). También fue *probado*. *“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia”* (Hebreos 5:8). Jesús sintió todos los dolores de la soledad, la angustia y el rechazo que todos en todos los tiempos han sufrido o sufrirán. Dentro de su divinidad tenía un corazón humano al que se podía herir, dañar y angustiar.

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje [en el Calvario engendrará hijos e hijas], vivirá por largos

días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isaías 53:3-10).

“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:10).

Ciertamente, Dios sabía —antes de enviar a su unigénito al mundo— que la suerte de Jesús en la vida habría sido mucho más soportable de haber tenido una buena mujer junto a sí para compartir su rechazo. Sin embargo, en su omnisciencia sabía también que la tarea de Jesús habría sido infinitamente más difícil de haber tenido las complicaciones que da la responsabilidad de una familia. Por tanto, dispuso que la misión de Jesús en la tierra fuera solitaria —la vida de un adulto soltero— porque sabía que esta situación especial le aumentaría capacidad en lugar de quitársela, para cumplir con su difícil misión.

¿Se puede identificar Jesús con los adultos no casados y sus problemas? De una forma única, porque *fue* soltero durante toda su vida humana. Cada vez que un adulto no casado sienta la tendencia de pronunciar (como de vez en cuando lo hacemos todos en algún momento) las palabras

“Nadie sabe lo que yo estoy pasando”, debería detenerse a pensar en lo que está diciendo. Al menos hay *una Persona* que sabe *exactamente* lo que está pasando, porque Él mismo pasó por todas esas cosas. Si en toda la eternidad hay *alguien* cuya comprensión quisiéramos tener, ése es *Él*, por supuesto.

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:1,2).

LA SOLEDAD

Todos los que están vivos pasan por períodos de sufrimiento, pero los problemas que soportan los adultos no casados son únicos. Dios mismo fue el que dijo: *“No es bueno que el hombre esté solo”* (Génesis 2:18).

Las Escrituras señalan que Jesús pasaba mucho tiempo en oración. Aunque hubo momentos en que conoció los “hosannas” y la adulación de la multitud, hubo otros momentos, sin duda *más* numerosos, en que sintió la presión del aislamiento, la angustia y la soledad. Todo aquél que

sufra hoy a causa del rechazo y la soledad puede hallar solaz en el hecho de que su Redentor caminó antes que él por el mismo sendero.

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:21-24).

Jesús sabe y comprende. Todo el que trate de describir la sensación de privación ante la muerte del cónyuge, o el sentimiento de catástrofe psicológica que acompaña al divorcio, sabe que el único que puede apreciar lo que está pasando es el que ha pasado él mismo por esa situación. Aunque Jesús puede identificarse con cualquiera que esté en problemas y comprenderlo, Él es incomparablemente capaz de sentir todas las angustias producidas por la soledad y peculiares del adulto no casado, porque también llevó ese tipo de vida.

LOS QUE NUNCA SE CASAN

Tal parece como que algunas personas tienen talento para la vida de soltería, mientras que otras parecen tener talento para la vida casada. Aunque ésta parezca una extraña forma de describirlo, así es exactamente como Pablo lo menciona: como un “don”.

“El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. . . La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Esto lo digo para vuestro provecho. . . para que sin impedimento os acerquéis al Señor” (1 Corintios 7:32-35).

En esta declaración bíblica no sólo se *aprueba* el estado de los que no se casan, sino que también se explica por qué a veces el Señor *promueve* la soltería en ciertas personas. No hay dos personas que vayan por la vida en situaciones exactamente paralelas. Piense en las pruebas de los diversos mártires cristianos, desde los tiempos antiguos de Roma hasta el presente, cuando algunos han

tenido que enfrentarse a la decisión de permanecer fieles a Cristo y a la Biblia, aunque esto significara una cruel persecución o incluso la muerte. ¡Cuánto mayor es la agonía de una decisión si hay un cónyuge e hijos envueltos! ¡Cuánto más sencillo es tomar un compromiso que sólo lo envuelve a uno mismo, y no a toda una familia!

Tenemos también la cuestión del ministerio. Sinceramente, son muchos los casos en que la familia puede interferir con el que les ministremos a quienes nos rodean. Cuando una persona tiene la oportunidad de testificar, o de consolar al afligido, el adulto no casado (sin las presiones de las horas de comida o de los niños que deben ir a la cama) puede seguir con sus actividades, mientras que los hermanos casados se encuentran divididos entre deberes que compiten entre sí.

Tenemos también el aspecto del avance espiritual, quizá en el sentido de estudiar cursos bíblicos o de aceptar algo que tenga la naturaleza de una misión que tome todo nuestro tiempo. ¿Puede el casado tomar una decisión así tomando en cuenta aspectos de tipo espiritual solamente? Por supuesto que no. Cuando somos quienes sustentamos a la familia, las responsabilidades nos hacen pensar en los aspectos prácticos.

En mi propio caso, tuve muchos momentos de agonía mientras pensaba en lo que la misión escogida por mí (evangelista) estaba haciendo en las vidas de Frances y Donnie. Sabía muy bien que estaba actuando de acuerdo con la voluntad del Señor, pero ¿qué les estaba haciendo esta decisión *a ellos*? Para Frances significó una sucesión de lugares improvisados, incómodos y apenas habitables que ponían diariamente a prueba su capacidad para realizar hasta las tareas domésticas más elementales. Para Donnie, significó una niñez en que siempre era un extraño que iba de escuela en escuela. Aunque Frances fue un pilar de fortaleza y el apoyo que más de una vez impidió que lo echara todo a rodar, hay ocasiones en que no puedo dejar de sentir que se vieron privados de muchas de las comodidades normales que merecen una esposa y un hijo.

Por tanto, el matrimonio puede ser una bendición "mixta". Aunque nos sintamos atraídos por la comunión, el compartir y la intimidad de este estado, no todo es ventaja en él. Bajo ciertas condiciones, puede interferir en nuestro desarrollo espiritual, así como en nuestra misión espiritual en la vida.

El Señor conoce desde que somos concebidos

toda nuestra vida y hacia dónde se dirige. Tiene ante sí el plano donde se señalan todas las vueltas y revueltas que dará nuestra vida. Algunas veces, cuando clamamos a Él para pedirle algunas cosas, esas cosas serían obstáculos para la realización de la vida y el ministerio que Él tiene planeados para nosotros.

Muchas personas han echado a perder su vida al precipitarse impetuosamente a tomar decisiones básicamente contrarias a lo que el Señor tenía planeado para ellas en ese momento. Bastantes matrimonios caen dentro de esta categoría, y el cristiano prudente que espera con paciencia la revelación del plan de Dios para su vida, a la larga terminará siendo una persona mucho más feliz.

No es un accidente que haya algunas personas que terminen no casadas. Aunque haya quien diga: “Bueno, el Señor no me ha revelado aún las razones que tiene para que yo permanezca así”, sólo podemos comentar que el Señor no le reveló a Ana sus razones para que ella permaneciera sin casarse hasta después de ochenta y cuatro años.

La vida, la personalidad y el desarrollo espiritual están compuestos por muchos factores. Aunque a veces los que nunca se han casado se lamenten de su estado, nunca podrán saber lo que

habría sucedido si se hubieran precipitado a realizar un matrimonio indebido. Mientras que nosotros sólo conocemos lo que *es*, Dios sabe *de qué* nos salvó y *para qué* nos salvó. Sus pensamientos hacia nosotros son pensamientos de paz y no de maldad, para que nos vaya a dar el fin que esperamos (Jeremías 29:11).

LOS SEPARADOS O DIVORCIADOS

El divorcio es una experiencia inmensamente traumática. Según los informes de los psicólogos y de los trabajadores sociales, la devastación psicológica a la que conduce el divorcio sólo es inferior a la producida por la muerte del cónyuge. En cierto sentido puede ser más devastador aún, porque en el divorcio va comprendido un gran elemento de culpa.

Cuando muere el cónyuge, hay ciertas costumbres sociales que tienden a suavizar el futuro inmediato del doliente. Cuando hay divorcio, lo mejor que se puede esperar es un tenso silencio.

La muerte mantiene al cónyuge doliente ocupado en formalidades como los funerales. Los familiares y amigos le hacen ver su condolencia y sostienen a la persona que sufre en oración. Es

muy escaso el consuelo de este tipo que se ofrece a la persona que se divorcia. Por tanto, en cierto sentido, a la persona que enviuda se la ayuda a pasar a su nuevo papel de adulto no casado, mientras que al divorciado o separado se le deja que luche por sí mismo mientras trata de abrirse camino en medio de un laberinto de desinterés. No obstante, cualquiera que sea la situación, Dios puede sostener al divorciado o separado, tal como sostuvo a Agar después que fue separada de Abraham (Génesis 21).

LA VIUDEZ

Aunque parece que el elemento de culpa es una consecuencia corriente del divorcio, también puede haber un sentimiento de culpa asociado con la pérdida del cónyuge. Parece ser que a veces el que queda vivo siente que hubo en todo ello un elemento de decisión, como si hubiera podido evitar la pérdida del compañero, con sólo haber hecho algo de otra forma. Aunque esto no sea racional, tampoco es infrecuente.

También se levanta la pregunta de “¿Por qué yo?” Después de años de vivir juntos, parece correcto y adecuado que aquella unión continúe

permanentemente. Si debe terminar en algún momento, parecería justo que ambos se fueran con el Señor al mismo tiempo . . . caminando rumbo al atardecer tomados de la mano, por así decirlo.

Por supuesto, ésta podrá ser la conclusión ideal de todos los buenos matrimonios, pero en esto entran la naturaleza humana y la fragilidad del cuerpo humano. Esto se complica también debido a nuestras costumbres sociales. Es más corriente que las mujeres vivan más tiempo que los hombres, y tal parece que en nuestra sociedad se suelen establecer uniones en que el hombre es de más edad que la mujer. Esto crea una situación en la que se puede predecir estadísticamente que el matrimonio promedio terminará en que la mujer vivirá entre ocho y catorce años más que el hombre.

Si hay algún consuelo en este tipo de arreglo, quizá sea el de que por lo general las mujeres se adaptan mejor a la soledad después de pasada la primera impresión de la separación. Las mujeres siguen realizando muchos de sus deberes de siempre (cocinar, limpiar y demás), mientras que el hombre encuentra toda su vida al revés. De pronto, *él* es el responsable de que la comida llegue coci-

nada a la mesa, de limpiar la mesa y de asear la cocina después. Descubre de pronto que las gavetas del armario no son receptáculos mágicos que se están llenando continuamente con ropa limpia y planchada todos los días. El hombre abandonado inesperadamente a sus propios recursos, lo más frecuente es que se sienta abrumado por el inmenso volumen de tiempo que se necesita para mantener limpia, arreglada y cómoda una casa.

EL CHOQUE EMOTIVO

No hay forma de describir el choque emotivo que acompaña a una muerte súbita. Aun una larga enfermedad, destinada a terminar en la separación de los cónyuges, produce un aturdidor choque cuando el cónyuge vivo es forzado a aceptar la separación real. Aun en nuestros peores momentos, aunque podemos imaginarnos la *posibilidad* de la separación permanente de nuestro cónyuge, no nos podemos imaginar la *impresión* real que nos producirá.

A lo largo de los años, al actuar como siervo del Señor, he consolado a incontables dolientes y le puedo decir que la abrumadora emoción que parece embargar a todos es una gran sensación de

incredulidad: “¡No, no es posible que esto me esté pasando a mí!”

Sin embargo, es cierto que sucede, y afortunadamente, el hijo de Dios tiene una forma mejor de enfrentarlo: “*Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación*” (Mateo 5:4).

Es decir, que nosotros tenemos una manera de enfrentar el destrozador vacío que reemplaza de pronto la posición que ocupaba nuestro cónyuge, y esa manera es mejor que la del mundo. A diferencia de él, sabemos que se trata solamente de una breve separación, de una pausa en una relación continua. Cuánto mejor es enfrentarse a esta situación con este pensamiento, que con la terrible y angustiosa sensación de que algo ha terminado, corriente entre quienes no tienen esta bendita esperanza.

Por supuesto, nuestro mayor consuelo se encuentra en comprender que nuestro cónyuge se halla ahora en una posición mucho mejor que la nuestra. Ha pasado a la gloria, mientras que nosotros tendremos que seguir caminando en medio de las incertidumbres de este mundo durante algún período indeterminado de tiempo hasta que nos llegue también el momento de comparecer ante la presencia del Señor.

No obstante, esto no hace que el cristiano se enfrente a la muerte de su cónyuge con menos dolor personal que aquellos que no son salvos. Aunque tenga la seguridad absoluta de que el fallecido ha pasado a cosas mejores, siguen existiendo el vacío y la soledad, y la sensación de pérdida personal. Por esta razón, los cristianos que nunca han experimentado personalmente una pérdida así deberían comprender que las observaciones de tipo espiritual ayudarán al doliente a llevar adelante su dolor, pero no siempre van a borrar la abrumadora pena y el dolor que acompañan a la realidad.

Con frecuencia, los cristianos consagrados llorarán tan profundamente como los mundanos; su cuerpo se estremecerá con sollozos tan violentos como los de quienes no son salvos. Esta expresión de dolor no implica falta de fe de ninguna manera. Saben muy bien que su cónyuge, revestido de gloria, se halla de pie ante el Señor. Lamentablemente, sus pensamientos no se dirigen de manera inmediata a esta realidad. Están contemplando el futuro y viendo ese período intermedio durante el cual se deberán enfrentar solos a experiencias que antes compartían con su cónyuge.

Es comprensible. Con todo, *“no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”* (1 Tesalonicenses 4:13), porque sabemos que Jesús es *“la resurrección y la vida”* (Juan 11:25).

DESPUÉS DE LOS HECHOS

El que ha pasado por la muerte de su cónyuge se encuentra durante cierto tiempo, luchando con una sensación de irrealidad. Nada es “real”, y espera despertar una mañana y descubrir que todo ha vuelto a la normalidad y marcha tal como marchaba antes. Por supuesto, esto no sucede. Afortunadamente, esta sensación de irrealidad se desvanece con el tiempo y el doliente termina con enfrentarse con la situación real.

Claro, hay necesidad de ciertas adaptaciones de tipo práctico y social. Según cómo haya sido la relación existente, habrá deberes que tendrá que asumir el superviviente, porque anteriormente eran responsabilidad del fallecido. Como mencioné anteriormente, esto puede ser traumático para el esposo si es él quien sobrevive, porque de pronto tendrá que aprender la rutina diaria de comprar los víveres, atender al lavado, la cocina, la limpieza y las mil y una obligaciones más con

las que antes cumplía su esposa.

También para la esposa sobreviviente la nueva situación puede resultar traumática. Según cómo haya sido su relación, es posible que fuera el esposo quien manejara la economía familiar, cuidara del auto, se ocupara de pagar la hipoteca y los impuestos, y muchas cosas más. La viuda lanzada de pronto a la deriva se puede encontrar agonizando acerca de decisiones que su esposo habría tomado en un instante, y es sumamente difícil que una viuda encuentre un consejero de finanzas en quien pueda confiar. Aunque hay una miríada de instituciones que anuncian su preocupación por las viudas y los huérfanos, no es nada raro que las viudas y sus hijos salgan mucho peor que las instituciones cuando les encomiendan sus asuntos financieros.

Probablemente el mejor consejo para una persona que acaba de enviudar es que vaya lentamente en *todas* las cosas, tanto económicas como domésticas y prácticas; que escuchen una amplia gama de consejos y que, tanto como puedan, se comprometan cuidadosamente en las nuevas situaciones, en lugar de precipitarse de pronto a grandes y transformadoras alteraciones.

Es cierto que en muchos casos la pérdida del

cónyuge *vendrá* acompañada por cambios en la vida, pero raras veces hay una abrumadora necesidad de hacer todos los cambios de la mañana a la noche, en cuanto fallece el cónyuge.

“Alma mía, en Dios solamente reposa. . . Él solamente es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré. . . Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Salmo 62:5-8).

FUENTES DE FORTALEZA

“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:16-18).

Aunque es probable que la soledad pudiera clasificar como el problema principal entre los adultos no casados, debemos observar que la soledad no es propiedad exclusiva del adulto no casado. Muchas personas casadas, unidas en yugo

desigual a cónyuges inadecuados en matrimonios imprudentes, se pueden hallar inmensamente solitarias, aunque haya un cuerpo vivo ocupando la silla que tienen enfrente en la sala de su casa.

La soledad es más cuestión de percepción que de realidad material. Es posible estar agudamente solitario en medio de una multitud, y es posible estar completamente sereno y feliz sin que haya otra persona en mil millas a la redonda. El doloroso y constante sentimiento de soledad asociado a la soltería, probablemente surja sobre todo de la falta de intimidad y del no poder compartir con nadie. En un buen matrimonio, son pocas las cosas que los esposos no pueden comentar y resolver hablando, mientras que los que carecen de esta estrecha relación, se pueden encontrar muy a su pesar con que se desahogan con “amigos”.

Las amistades reales surgen de vez en cuando, y una buena amistad es una de las cosas más agradables de la vida. Es algo que no sucede todos los días, aunque es fácil desarrollar con rapidez un simple conocimiento mutuo. Por tanto, se deben atesorar y alimentar las amistades, y reconocerlas en lo que son: flores exóticas que crecen en medio de un jardín de flores comunes.

Aunque a todos nos gusta hablar de “amista-

des”, debemos darnos cuenta de que pocos de nuestros conocidos son amigos. En las Escrituras encontramos ejemplos de amistades verdaderas: David y Jonatán; Pablo y Bernabé; María, Marta, Lázaro y Jesús. La amistad auténtica es una experiencia poco frecuente que florece y crece entre personas compatibles. Esta compatibilidad se puede desarrollar por la existencia de personalidades similares, o porque tienen personalidades simbióticas. También quiero hacer notar que la amistad puede surgir entre hombres y mujeres con tanta facilidad como entre personas del mismo sexo. De hecho, los mejores matrimonios tienen como base una profunda *amistad* entre ambos esposos, aun antes que la primera señal de romance o de deseo sexual entre en la ecuación.

A veces hay amplias amistades entre hombres y mujeres que nunca se convierten en situaciones románticas o conyugales. Nadie que lea la Biblia podrá dudar de la profunda y duradera amistad existente entre Marta, María y Jesús; sin embargo, nunca hubo pensamiento romántico alguno en esa relación. Por otra parte, la mayoría de las amistades surgen sin duda entre personas del mismo sexo, y en la mayoría de los casos suele haber un interés común que las une.

Las amistades son uno de los medios más valiosos y útiles al alcance del adulto no casado que desee evitar la soledad. Una de las primeras reacciones que se observan en los que acaban de perder a su cónyuge o se han separado de él, es el insistente pensamiento de “Deja que se lo cuente a José (o a Patricia)”. Parece que compartir las experiencias es lo que las clasifica como reales y valiosas para la persona que pasa por ellas. Esta súbita pérdida de la posibilidad de *compartir* es una de las pérdidas más dolorosas relacionadas con la separación respecto del cónyuge.

Aunque es posible que nunca vuelva a encontrar la dulzura de la relación anterior, la persona que acaba de quedar sola debe comprender que compartir las experiencias es lo que las legitima. Compartir con un amigo es algo que no reemplazará la intimidad matrimonial anterior, pero puede traer un sentido nuevo y diferente de realidad a la vida. Por tanto, las amistades cercanas pueden convertirse en la base para una actitud y una filosofía de vida nuevas que hagan la vida atractiva otra vez.

EL SEXO

En la sociedad de hoy se insiste de manera

enormemente excesiva en el sexo: en las películas, la música, la televisión y la publicidad. Dondequiera que miramos hay una insana (incluso demoníaca) preocupación por el sexo. Es casi como si algo que podría ocupar una milésima del tiempo de una persona se convirtiera en el interés que la gobierna y guía las veinticuatro horas del día. Esta preocupación no procede de Dios, sino de Satanás. *Ninguna* obsesión procede de Dios. Siempre es Satanás quien se halla detrás de toda preocupación *innatural* por *cualquier cosa*.

Por tanto, la preocupación del mundo por el sexo procede de Satanás; es un esfuerzo demoníaco por pervertir el mundo. Con esto no estoy diciendo que el apetito sano por el sexo sea pervertido. El apetito sexual, de igual manera que el apetito por los alimentos, procede de Dios. Sin embargo, de igual manera que el apetito por los alimentos se puede pervertir y convertir en glotonería, obesidad y destrucción mental y física, también el mal uso del apetito sexual puede pervertirse y traer consigo los pecados más vulgares.

No hay nada en la Palabra de Dios que sugiera que el sexo extramatrimonial sea algo aprobado por Dios. El sexo está prohibido fuera del matrimonio, y esto no es sólo para los jóvenes. El sexo

fue ideado por Dios para que se disfrutara y compartiera *dentro de los lazos del matrimonio*. El adulto no casado tiene que reconocer esto y controlar sus necesidades sexuales dentro de este marco.

Ciertamente, la ebriedad del mundo con el sexo, y el consiguiente desfile de desnudez y pornografía veinticuatro horas diarias, hacen difícil que el adulto no casado se halle totalmente separado e inconsciente de los estímulos eróticos. No obstante, Dios no nos deja completamente solos en este asunto. Su gracia nos basta (2 Corintios 12:9).

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Efesios 6:10-18).

“Huye . . . de las pasiones juveniles” (2 Timoteo 2:22).

Sostenido y fortalecido por estos textos bíblicos, el cristiano no casado *puede* vivir una vida realizada, feliz y saludable y abstenerse del sexo. Es cierto; el adulto no casado no pierde por eso el apetito sexual, pero tampoco los cristianos ordinarios pierden el apetito por la comida. Sin embargo se nos dice en 1 Corintios 7:5, Mateo 4:2 y 17:21 y en muchos otros lugares de las Escrituras que tiene valor ayunar de la *comida* para el desarrollo espiritual. Por supuesto, cuando ayunamos de comida sentimos las molestias del hambre. Me pregunto si será menos nutritivo espiritualmente el ayunar del sexo, aun *a pesar* de las molestias del apetito sexual que inevitablemente asaltará a la persona de vez en cuando.

Sólo estoy trazando un paralelo entre el ayuno y la abstinencia sexual del adulto no casado. Ciertamente, el ayuno trae consigo las molestias del apetito, que se deben controlar (con la ayuda de Dios). De igual manera, la abstinencia sexual de la persona no casada le ocasionará también molestias ocasionales, pero éstas también se pueden controlar con la ayuda de Dios. Una persona *puede* llevar una vida plena y satisfactoria *sin* gratificación sexual.

Algunos partidarios del humanismo secular

(psiquiatras y similares) les indican a aquellos que acuden a ellos en busca de consejo que todo cuanto sea represión de los apetitos sexuales causa daño físico o mental. Yo creo todo lo contrario, fundado en la Palabra de Dios: la indulgencia sexual ilícita *daña* a la persona tanto física como mentalmente, en lugar de ayudarla. El pecado sigue siendo pecado, y *"la paga del pecado es muerte"* (Romanos 6:23).

"¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios [los dados al incesto, la perversión sexual, la homosexualidad, el lesbianismo, el adulterio repetido o la promiscuidad], ni los idólatras, ni los adúlteros [los envuelto en una relación ilícita], ni los afeminados [el papel 'femenino' en una relación homosexual], ni los que se echan con varones [el papel 'masculino' en una relación homosexual], ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios" (1 Corintios 6:9,10).

"Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apocalipsis 21:8).

LA AYUDA A LOS DEMÁS

“Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

En este texto Pablo comenta el hecho de que si no hay resurrección corporal después de la muerte, y si nuestra esperanza en Cristo sólo tiene que ver con esta vida, de todos los hombres seríamos los más dignos de lástima.

Hay otro grupo casi tan digno de lástima como los que no tienen fe en Cristo y en la resurrección. Es el de los que se pasan la vida preocupándose por ellos mismos y nunca dedican tiempo a dirigir sus pensamientos hacia los demás.

Con el matrimonio (un buen matrimonio) llega una reorientación desde la vida dirigida hacia sí mismo hasta la vida dirigida hacia un *nosotros*. Casi inevitablemente, un matrimonio bien llevado manifiesta una relación en que ambos, tanto el esposo como la esposa, están más preocupados por *dar* al otro, que por *recibir* de él.

Los adultos no casados pueden aprender mucho de este tipo de relación. Aunque no es tan natural operar en el estilo de vida dedicado a dar (orientado hacia los demás) fuera del matrimonio,

éste es un perfecto ejemplo para la vida. Si los no casados adoptan esta actitud generosa, pronto se hallarán integrados a la sociedad.

Pensemos en las veces que les testificamos a los que no son salvos, o tenemos una oportunidad de ministrar a un hermano cristiano. ¿Quién es el que recibe el beneficio mayor de esta experiencia? Lo más frecuente es que sea el que *ministra* quien recibe la bendición mayor. Una y otra vez, al terminar un culto especialmente ungido, la gente viene a darme las gracias por haberles traído una bendición. Créame; si recibieran de ello la mitad de la bendición que yo recibo, se sentirían verdaderamente bendecidos.

¿Cuántas veces, estando en un valle, en una marea baja de nuestra vida espiritual, hemos tenido la oportunidad de testificar a alguien acerca del poder salvador de Jesucristo? ¿Estamos en un valle espiritual al terminar? Generalmente nos hallamos “*saltando sobre los montes, brincando sobre los collados*” (Cantar de los Cantares 2:8).

Lo mismo sucede con nuestras experiencias diarias de la vida real cuando dejamos de pensar en qué podemos conseguir y comenzamos a pensar en lo que podemos hacer por los demás. De repente la soledad, la frustración y los sentimien-

tos de inutilidad e improductividad se desvanecen. De pronto nos hallamos en el mismo centro de la corriente, envueltos en la vida y participando en ella hasta los topes.

Mientras más nos preocupemos por nosotros mismos y nos agitemos por lo que la vida está haciendo con nosotros, más nos parecerá que las paredes se acercan a nosotros para encerrarnos y más estrecha se volverá nuestra visión. Cuando comencemos a mirar hacia afuera, pronto nos sentiremos asombrados de lo ocupados, realizados y felices que nos hallamos.

En el texto que citamos anteriormente (1 Juan 3:16-18) tenemos la norma de Dios, no sólo para una vida cristiana correcta, sino también para una vida realizada y feliz. Sólo cuando aprendamos a no amar de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad, iremos por el camino correcto hacia una vida completa, satisfecha y abundante.

LA ACTIVIDAD

El asunto de las actividades cristianas para el adulto no casado está algo relacionado con el tema anterior. Las actividades cristianas, en la iglesia o fuera de ella, son casi ilimitadas.

Muchas personas piensan que las actividades cristianas sólo son procedimientos dispuestos y supervisados por el pastor o su esposa. Aunque hay innumerables actividades cristianas necesarias que donde se realizan mejor es dentro de la iglesia, casi no hay límites a los esfuerzos personales del cristiano por alcanzar a otros.

Por raro que parezca, muchas obras cristianas pueden dar el máximo de productividad sin trabajar dentro del marco de la comunidad espiritual. Pablo afirma en Filipenses 2:15 (haciéndose eco de la declaración de Jesús en Mateo 5:14) que debemos ser "*luminares en el mundo*". Aunque el rayo de nuestra luz se puede proyectar desde nuestras actividades espirituales formales, nuestros contactos diarios con el mundo nos dan la mejor oportunidad para iluminarlo de manera directa.

¿Quiere esto decir que debemos testificar, hablar y promover nuestra perspectiva cristiana continuamente? En realidad, no. Algunas veces, nuestro mejor testimonio (cuando estamos en contacto con un mundo que duda) es nuestra callada manifestación de virtudes cristianas, sin predicar ni comentar. Cuando nos destacamos de los que nos rodean por nuestra honradez, benignidad,

paciencia y gozo en medio de la adversidad, pronto veremos que acuden a preguntarnos dónde hallamos nuestra actitud y fortaleza.

¿Dónde se presentan estas oportunidades? En nuestro trabajo, en el supermercado, en la gasolinera, con la gente que encontramos por la calle. No hay relación que no pueda mejorar si se recuerda siempre que debemos ser la luz del mundo y que tenemos que manifestar las virtudes cristianas, o el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22,23). Cuando manifestamos amor, paz, benignidad, gozo, bondad, mansedumbre, templanza y fe, descubrimos que tenemos una aceptación mayor. *“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mateo 5:16).

Para el adulto no casado que debe ganarse la vida, el trabajo es la salida natural al deseo de salir de la casa para encontrarse con la gente. Sin embargo, no tienen menos oportunidades los que no tienen que trabajar, en los aspectos casi ilimitados en que se necesita trabajo voluntario.

Una viuda que conocemos ha encontrado toda una nueva vida interesante y plena, trabajando como voluntaria en un museo. Ayuda en el depar-

tamento de arqueología y su ayuda limpiando y catalogando artefactos la ha llevado a un gran círculo de amigos nuevos entre los demás voluntarios, los estudiantes y los profesionales del museo. En poco menos de un año ha pasado de ser casi una presa, a ser una persona ocupada que participa activamente en la vida. Además, su alegre y optimista visión de la vida la ha hecho valiosa para aquellos con los que entra en contacto.

La obra del Señor no se realiza solamente dentro de las paredes de una iglesia. Si usamos todas las oportunidades que tenemos para manifestar a Cristo en nosotros, podremos dejar de esconder nuestra luz debajo de un cesto y comenzar a brillar y a demostrar que somos la sal de la tierra. Al mismo tiempo, mientras más manifestemos nuestra personalidad cristiana a un mundo hundido en el egoísmo, el malhumor y la desesperación, más amplios se harán nuestros horizontes.

EL REALISMO

Como ya dijimos, la primera emoción abrumadora al perder al cónyuge por divorcio, muerte o separación es: ¡No puede ser que esto me esté pasando a mí!”

Es triste, pero le puede suceder a casi todo el mundo. Cuando sucede, la primera gran tarea de la persona que ha quedado sola es enfrentarse al mundo real, tal como existe *ahora*. Por duro y cruel que suene, mientras más pronto la persona afectada se siente a enfrentarse con la realidad, más pronto se hallará camino de la readaptación a la vida que va a vivir *ahora*.

Las ilusiones y los ensueños son partes naturales de la vida, pero una preocupación excesiva con los “y si” o “¿qué habría pasado?” podría convertirse en un atajo hacia problemas psicológicos. El que se sienta a soñar e imaginar constantemente puede llegar a perder el contacto con la realidad. Lamentablemente, vivimos en el mundo real, aunque nuestra bienaventurada esperanza sea un mundo mejor.

La vida del no casado *es* diferente de la vida matrimonial, y las oportunidades sociales, las actividades de recreo e incluso las relaciones en la iglesia serán afectadas por nuestro estado. No es necesariamente que uno de los dos tipos de vida sea mejor, pero *son* diferentes. Miles de personas casadas darían lo que no tienen por no estarlo, así como miles de personas no casadas darían lo indecible por estar casadas. En cambio, hay tam-

bién incontables personas casadas que son felices, al igual que hay incontables adultos no casados que lo son. La clave de la situación se encuentra en que aceptemos la situación en que nos encontramos y en que nos adaptemos a esas condiciones.

Para los que no están casados y no son felices, termino diciendo: Ninguno de nosotros está solo jamás. Sea cual fuere su posición personal o su estado de vida, todo cristiano debe recordar que Dios lo ama. Por medio de Jesucristo, Dios ha provisto lo necesario para satisfacer todas nuestras necesidades. Aunque no podamos ver el gran plan de Dios que obra en nuestra vida en este momento concreto, lo cierto es que *está* obrando. Lamentablemente, los tiempos de Dios no están completamente sincronizados con los nuestros. La mayoría tendremos que luchar en la vida con ese rasgo tan humano que es la impaciencia.

Dios *conoce* nuestros problemas; *tiene* un plan para nosotros y *satisfará* todas nuestras necesidades. El gran trabajo que nos toca a nosotros es ser pacientes y aceptar lo que se nos ha enviado hoy, porque mañana va a ser un día glorioso en Cristo Jesús.

“Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová” (Salmo 27:14).

60-095
SPANISH